

Elizabeth DUVAL,
Melancolía. Metamorfosis de una ilusión política,
Temas de hoy, Barcelona, 2023, 203 pp.

CRISTIÁN PÉREZ GARCÍA
Universidad de Oviedo

Palabras clave: patriotismo, política, ideología, sentimentalismo
Keywords: patriotism, politics, ideology, sentimentality

Con la frecuencia de los cometas, aunque con mayor duración, surgen como setas dispersas en la historia autores como la que ahora nos ocupa. Elizabeth Duval ha despuntado con precocidad en una generación abotargada. Con seso vivaz y buena pluma, nos presenta ahora su ensayo *Melancolía. Metamorfosis de una ilusión política*, de título acaso socarrón; da, al contrario de lo que parece, grandes motivos para la esperanza.

Melancolía es un ensayo breve de filosofía política. No pretende ser un estudio doctrinal, lo que se nota desde la primera página. Es Duval parca en citas, muy contadas y dispersas, aunque bien escogidas para cada ocasión. Sin caer en el adanismo, coquetea con un aparente desinterés por lo que otros puedan haber dicho. No es, en verdad, motivo de reproche. Sobre todos los temas hay mucho escrito, mal algunas veces y algo mejor otras. Ninguna necesidad hay, ni tampoco intención, de agotar siquiera lo que pueda hallarse de bueno y verdadero. La del enciclopedista es una vocación distinta de la del ensayista. No tiene gran valor recopilar los errores ajenos. En cuanto a los aciertos, tampoco parece más meritorio decir una verdad vieja con conciencia de descubridor que de inventor. Duval tiene un mensaje que dar, un proyecto que ejecutar; no pierde el tiempo con remilgos.

Parece insertarse Duval en una corriente de pensamiento algo vieja ya, pero nueva si con otras se compara, que llaman algunos «posmodernidad». No es raro que llegue a mostrar un ligero rechazo de las elaboraciones doctrinales y desdeñe la búsqueda de la coherencia, inclinada hacia la primacía

de las «respuestas prácticas» sobre la problematización teórica (pp. 90-91). Lamenta ese «cierto punto en el cual la teoría es cruel en relación con la vida», pues «buscando la rectitud o encajando todos los ámbitos de la existencia a la cuadrícula injustificable del pensamiento estructural, nos hace sentir culpables por experimentar unos sentimientos concretos, vivir algunas sensaciones incompatibles con las exigencias de la teoría crítica y militante» (p. 145). Como buena heredera de esta sana doctrina, no expone sus ideas con una particular claridad ni con un orden muy cuidado, lo que no significa que no pueda uno enriquecerse con su lectura. Los temas de *Melancolía* son, en lo esencial, dos: el peligro del pasado y la oportunidad del futuro. En lugar de ofrecer un tratamiento lineal y sucesivo, Duval aplica una técnica de decantación: una tras otra, varias pasadas sobre cada tema terminan por configurar una suerte de tesis bien definida. Nos obliga, pues, a destrenzar sus pensamientos si queremos hacer de ellos una exposición ordenada.

No es la melancolía, esa mezcla de tristeza y añoranza, un sentimiento intrínsecamente malo. Afirma Duval que «la reivindicación de la felicidad no tiene por qué ir necesariamente vinculada a la supresión de la infelicidad o de los obstáculos» (p. 22). Aquello que nos impide obrar bien nos permite obrar mejor, decía Marco Aurelio. En su misma línea, dice nuestra autora que «cierta promesa de la felicidad no es un antídoto, sino una forma de encarar la infelicidad como circunstancia necesaria» (p. 24). Parece ser la cuestión médica un tópico en su obra. Es opinión suya que «las cosas, como el *pharmakon*, veneno y remedio, no son unívocas, sino con frecuencia variables, plurales, y resisten de forma permanente a su reducción» (p. 74). Es interesante su reformulación de la doctrina de Paracelso, para quien el veneno tenía que ver con la dosis, si gota o sorbo, y no con la actitud del que tomaba el trago. Sin embargo, la cuestión desvela toda su importancia cuando desciende al problema concreto. Más que un asunto con simples «posibilidades políticas», para Duval «la salud mental es, de hecho, algo que *siempre* es ya político de por sí, si asumimos que nuestros malestares tienen causas sociales y políticas» (pp. 32-33).

En su antropología, pues, se construye a la persona mediante el entrelazamiento de factores estructurales. El vocabulario marxista no es gratuito. Dice Duval, por ejemplo, lo siguiente: «puedes hablar de la felicidad *porque* una cierta situación de privilegio imaginado te permite situarte en esas coordenadas; puedes imaginarte feliz *porque* posees una cierta red o estructura de afectos que aporta seguridad, ordena tu vida, y permite en cierto modo el de-

leite; puedes vanagloriarte en esos placeres *porque*, en mi imaginación, concibo que no sufres o no has sufrido como lo he hecho yo, no compartes mis padecimientos» (p. 18). En efecto, nuestra autora es vivo ejemplo de la primacía marxista de la praxis. Concibe la felicidad como «una forma de soberanía» y sostiene que «no hay actividad más necesaria para el alma que ejercer un efecto sobre el mundo, porque ejercer un efecto sobre el mundo es condición primera para existir. La soberanía es acción y la acción es felicidad, en tanto que posibilita ejercer un efecto sobre el mundo» (p. 39). A este respecto, se hace eco Duval de un ejemplo llamativo: los niños. Dirán algunos que es un niño algo así como un granito, una pequeña cosa de relevancia escasa que crece sin seso adherido a otro cuerpo, algo de lo que puede uno desembarazarse sin reparo, pues «allá donde uno no ejerce influencia, no existe» (p. 40). ¿Ejercen, acaso, alguna influencia los más pequeños? ¡Lástima por ellos!

Volvamos al título de la obra. El primer objetivo de *Melancolía* es separar el plasma del suero. Hay una melancolía buena o, al menos, una parcela que la felicidad jamás podrá cubrir, un momento en el que nos tendremos que resignar. Tampoco pide Duval que renunciemos al pasado. Al contrario, ve «normal que, frente a un mundo en el que todo lo sólido se deshace, en el cual todos nuestros vínculos han de reformularse constantemente, haya quien busque cobijo en la tradición y en las raíces. No hay nada inherentemente reaccionario en la voluntad de enraizarse [...]. Los problemas surgen cuando quienes parecen dar respuesta a esa inestabilidad son únicamente los reaccionarios» (p. 140). Surge, sobre este temor, el problema de la mala melancolía. Duval afirma que «el campo que queda para quienes renuncian a la soberanía es la impotencia; la impotencia entristece» (p. 38). Invertidos los términos, esto significa que la mala melancolía nos convierte en impotentes, abocados a perder nuestra soberanía.

Se entiende bien, así, la preocupación de Duval. Describe con amargura los restos desvencijados del 15M, aquel fenómeno asambleario de mayo de 2011, y se lamenta por la actitud de algunos de sus partícipes, ensimismados aún hoy por ese fantasma del pasado. Le parece «importantísimo el sentimiento del *haber estado allí*, porque se solapa con el *deseo de estar*, de haberlo vivido: en los sueños de las revoluciones que nos invaden –y con razón– en la adolescencia, cualquiera se emocionaría deseando haber vivido Mayo del 68; la revelación más triste, después, sería que la realidad –y no el deseo insatisfecho– pudiera parecerse mucho más a la experiencia de vivir el 15-M y *verlo fracasar*» (p. 57). Recuerda Duval una revolución algo distinta de las

demás. El genitocéntrico mayo del 68 fue, en buena medida, una revolución incruenta, acaso sus consecuencias sean cuestión aparte. Pasolini nos lo advirtió y nadie quiso hacerle caso; al final, demasiada libertad sexual nos ha convertido en... legisladores.

En cualquier caso, la preocupación de Duval es clara: una melancolía enferma y mal entendida será un lastre para cualquier proyecto político. Viven algunos inmersos, con inexplicable regocijo, en el recuerdo de un pasado que prometía futuros brillantes postreramente frustrados, mientras que nada hacen, en el cenagoso presente que antes llamaban «futuro», por reproducir aquella vieja esperanza que añoran. Así es la nostalgia: «inventamos tiempos pasados que añorar para relatárnoslos cuando las cosas van mal en el presente y los inventamos en parte porque constatamos nuestra dificultad para imaginar futuros mejores» (pp. 169-170). Ésta es la tesis que defiende Duval en su ensayo: que el recuerdo de lo que pudo ser y no fue sólo sirve, como el opio del pueblo del que hablaba Marx, para frustrar un futuro que aún puede ser. La melancolía puede ser un sentimiento narcótico. Debemos soltar lastre.

Duval hace un diagnóstico certero y, por ello, inquietante: «quienes hablan del futuro distinto o de las mayores esperanzas nunca desean *verdaderamente*, en el fondo, su realización; su objeto de deseo es el presente absoluto de aquel momento espontaneísta y asambleario, y no las posibilidades que ese momento encerraba, sino la belleza en sí de lo efímero, de lo que prefiere arder a durar» (p. 58). Brillante observación nos ofrece Duval. La revolución es ese placer prohibido que produce mórbida excitación al fantasear con él y arrepentimiento culpable al haberlo consumado. Coquetean muchos con la idea de trocar el orden establecido, de subvertir todo cuanto a su alcance esté, pero lo que en realidad quieren no es padecer el escarnio físico de la revolución, sino embriagarse del placer intelectual de su posibilidad. La mayor parte de los revolucionarios viven anclados en un perpetuo *coitus interruptus*. Tantas revoluciones se prometen y casi las mismas se abortan porque, pese a las enardecidas palabras del adolescente permanente, pocos son los dispuestos a abandonar la vida cómoda y asumir la paternidad; en particular, la de un hijo tan díscolo y poco agradecido como es la revolución.

No pierde ocasión Duval de criticar a esa derecha encubierta que es la izquierda reaccionaria (pp. 167-173), una falsa izquierda para la que «la crítica al capitalismo y al progreso no es su motivación real, sino una tapadera para su conservadurismo moral y cultural» (p. 178). Duval sabe lo importante que

es la militancia, la actividad real más allá de la elucubración ideal (pp. 190-195). Parece rechazar a esa intelectualidad cómoda que nada hace en su vida más que leer y escribir, sin tomar partido ni actuar jamás, pero que esporádicamente se permite levantar el dedo y dar una lección. Unos directores de orquesta por videoconferencia de cuya existencia sólo se sabe cuándo se desencajan de su cátedra y pretenden salvar el mundo con su cínica opinión. Duval no participa de esa intelectualidad que, como dijo el poeta, no toma partido hasta mancharse. No hemos venido al mundo para partir de él inmaculados; se nos juzgará mejor o peor por el color de nuestra mancha, pero al tibio que no se quiso manchar será al que peor castigo le aguarde. Para bien o para mal, Duval no es una tibia sin mácula: «no puedo abandonar el compromiso con el mundo y la indignación que brotan de la misericordia, de sentir lo propio en el dolor de los demás» (p. 194). Tiene Duval la semilla del amor clavada en el corazón. Ojalá sepa cultivarla.

Ejecutada con maestría la primera parte del plan, resta a nuestra autora la tarea de culminar la segunda. La melancolía puede ser un lastre para un proyecto político, pero ¿para cuál? No es el de Duval un «proyecto de país», de ésos de los que nunca puede uno esperar buen fruto, si ya el mero nombre del país parece producir erisipela. Duval es clara: «No hay nada político en decir que soy española, más allá de sus consecuencias. Sí hay algo político, profundamente político, en afirmar que me siento como tal, y que a ese *sentimiento* no puedo ni he de renunciar» (p. 89). El amor a la patria parece ser, en algunos ambientes, un tabú cuyo rompimiento causa estigma. Duval, empero, desdeña el peligro. Afirma que «[l]a idea no queda contaminada por su proximidad a quien se la haya apropiado; la idea conserva su valor y podría ser otra cosa, significar algo más, servir de otra manera. Si algo cierto se ha vuelto falso en su mal uso, lo que nos toca es desplegar su verdad posible» (p. 108).

Pretende Duval presentar batalla en un entorno hostil. Conoce bien «las reticencias típicas de los ambientes de izquierdas en relación con España» (p. 80), la arraigada creencia izquierdista en el «rapto de España por parte de la derecha» (p. 82). Es, en verdad, un fenómeno curioso. Duval es *rara avis* en la vía que ha elegido, tan extraña a los sentimientos que ella manifiesta sin rubor: «No vivo a la espera de un país perfecto: mi país me es entregado de inmediato; lo que no comprendo es por qué no habría de gozar yo de él, por qué está mal visto que lo sienta» (pp. 87-88). Sabe que es de los pocos, si acaso hay algún otro, que en la izquierda española hegemónica expresa un

remoto atisbo de amor a España. Podríamos preguntarnos qué le ocurre a la izquierda patria, por qué es tan diferente de la extranjera, con frecuencia jacobina y hasta chovinista.

Duval, por desgracia, no nos llega a responder. Ella misma sostiene su propia lucha encarnizada con la izquierda, pero no por sus misterios éticos, sino por el mero concepto: «Cuando hablo de *izquierda* no me refiero a un término que para mí guarde interés particular o tenga demasiado contenido; reúno bajo una misma categoría a lo que identificamos intuitivamente como un pensamiento de izquierdas, definido por vaguedades que subyacen también a conceptos como el de *progresista*» (p. 101). Las vaguedades que los unen no son sino la guirnalda que descansa sobre las sienes de un príncipe peor que maquiavélico: distractivos colores que atraen la atención de los simples mientras se clavan en ellos los ojos del depredador. Insta Duval a la izquierda a amar a España hoy y no mañana, a intentar cambiarla desde el amor a la patria en lugar de esperar a su cambio para amarla (p. 82). Quizá pide un imposible, pero no deja de ser un noble deseo. Un amor sincero a la patria es la antesala de un Amor más grande.

Duval no es ajena a nada de esto. Sabe que el amor es débil, que es un sentimiento que, como el viento, puede cambiar de dirección, que puede apagarse o derribar la más sólida muralla. Quizá confunde amor con deseo. Cree que «[p]or más intentos de prolongar *sine die* el amor, o por más autoconvencimiento rebuscado, la única fuerza que no se apaga es el deseo. El amor vive siempre en la fragilidad de los finales» (p. 75). Es curioso que Duval afirme la perpetuidad del deseo, la más fugaz de las pasiones. Por sobrestimar el deseo, por desconocer su naturaleza, fracasan tantas empresas humanas. Hacen falta más *agápē*, *storgē* y *philia*, sobran tanto *eros* y *manía*.

Su proyecto de España se basa en el amor. No inventa Duval el amor a la patria, pero sí parece descubrirlo, para horror de quienes la querrían más cosmopolita y menos decidida. Por lo que a España respecta, «cualquier uso interesado carente de compromiso duradero iba a ser visto tarde o temprano como el uso deshonesto de veletas políticas; la patria deja de ser una noción operativa cuando se convierte en algo a lo que se puede temporalmente renunciar en pos de unos resultados un poco mejores, es decir, cuando no existe una vinculación afectiva y teórica real con el concepto que se está utilizando» (p. 104). España no puede ser un comodín, un simple recurso electoral; España es una necesidad. Afirma Duval que «[l]a patria se adquiere [...] como una forma de desposesión: la identidad se hace manifiesta precisamen-

te a través de su falta y está ahí donde la comunidad no está» (p. 80). En consecuencia, valora el «pensamiento desde lo comunitario» como «única vía de escape y solución posible», como la herramienta para «devolver sentido a proyectos políticos y vitales», como un proceso que consiste en «esbozar y pintar las almas a un pueblo y a una comunidad pertenecientes» (pp. 66-67).

Concibe la comunidad como el espacio en el que se configura la identidad. De hecho, sostiene que «[e]l anhelo de identidad se corresponde en gran parte con el deseo de arraigo, con la voluntad de pertenecer a alguna cosa, con una necesidad fervorosa de comunidad» (p. 164). En consecuencia, afirma sin reparo que la identidad no se elige, «no es una cosa que se tiene o que se posee, y quizá tampoco sea del todo algo que se *sea*, sin matices», sino algo que se acepta: «la identidad tiene que ver con *estar* dentro de unas coordenadas concretas, con una situación [...], y se vería modificada si esa situación social cambiara» (p. 156). En cierto modo, puede decirse que «toda identidad, en su ser social, se alea con su parte de imposición» (p. 158), de suerte que «aunque no hayamos escogido nuestras identidades, tendemos a tener grandes dificultades a la hora de renunciar a ellas» (p. 157).

En su férrea oposición al nominalismo *queer* (pp. 152-155), rechaza Duval «la cosmovisión que se esconde detrás de la voluntad reguladora de las taxonomías», que convierte las identidades, «en el proceso, en armas de exclusión masiva» esgrimidas bajo el amparo de «la inmunidad diplomática que concede la opresión» (p. 160). En este sentido, advierte que «[l]a identidad ha de ser lo que nos salve de la política identitaria y no la vía que nos conduzca hasta ella» (p. 165). Las políticas de la identidad son, meramente, las que toman la identidad como cuestión problemática a la que hallar solución; las identitarias, en cambio, se caracterizan por su exacerbamiento, por «un afán en exceso estabilizador de las identidades, un apego zelote y excluyente en relación con la identidad propia, y una visión resentida y oscura hacia el resto de identidades presentes en el mundo» (p. 163). Su deseo, en definitiva, es «alejar la identidad del culto o la idolatría y asumirla como un fenómeno complejo» (p. 163).

Otro candente asunto que no pierde ocasión de abordar es la abolición de la familia, mantra archirrepetido y, en opinión de Duval, no muy acertado. Ciertamente es que no le dedica sus más tiernas palabras a la milenaria institución, pues cree que «[l]a familia puede ser el terreno de la tiranía» (p. 93), pero ello no le impide tomar partido claro en esta disputa. La abolición de familia, como señala también para el estado y el género, es tarea difícil (pp. 146-149).

Teme que a la fantasía de la abolición la siga el resurgimiento, bajo un nuevo nombre, de la misma estructura apenas algo travestida: una familia que no se llame «familia», he aquí la abolición. No ignora la respuesta que habrá de recibir su crítica. Inteligente y aguda, anticipa Duval la objeción prefabricada: «como todo nuestro pensamiento está capturado por la presencia total de la institución familiar, no podemos llegar a concebir un mundo sin familia, pero eso no hace que ese mundo sea imposible» (p. 149). ¡Oh, el polilogismo! El arma marxista por excelencia convertida en los palos y las piedras con los que la izquierda se aporrea en sus reyertas. Afortunadamente, Duval vale más que estas baratijas de zoco dialéctico y sale al paso con elegancia: «la familia y la pareja pueden, bien entendidas, ser espacios de liberación y de resistencia en mundos en los que los vínculos se deshacen», espacios «que decidan reconstruirse nuevos conservando aquello que vale la pena conservar» (p. 149). Esto es la tradición.

Duval coquetea con ideas propias del decrecentismo (pp. 182-183). Proponía Mainländer dos vías para romper el eterno ciclo opresor de la voluntad: el suicidio, para los intrépidos como él, y la virginidad perpetua, para que los timoratos, al menos, no se reprodujesen; así, el ser humano desaparecería y, con él, el sufrimiento. A nivel macro, estas tesis se transubstancian en dos muy conocidas: el genocidio y el decrecimiento. Si no es la de Duval la tesis genocida, cuyo estruendo hace aún sangrar los oídos, sí es la decrecentista. En líneas generales, hay que tener menos hijos, pues sobra gente en el mundo, y frenar el desarrollo económico e industrial. Como cuando Jevons predijo el colapso económico por la escasez de carbón o cuando anunció Malthus las mayores calamidades, los decrecentistas siempre han subestimado la potencia del progreso económico: los recursos físicos son necesariamente finitos; los recursos económicos, potencialmente infinitos. Pueden estar seguros de que no hará falta volver a las cavernas para salvar el planeta.

Llega, en los momentos postreros, la hora de asaltar la última defensa. La libertad ha sido siempre un asunto polémico. Se preguntaba un izquierdista notable para qué habría de usarse la libertad, lo que resulta de todo punto pertinente. Duval sabe que «la libertad, bien entendida, tiene que ver con ese mismo esfuerzo por hacer posible la libertad de todos» (p. 121). Esto es la justicia social, que «tiene que ver con esas mismas condiciones del deseo y de la felicidad: con hacer posible la felicidad para el mayor número de personas, permitirle, otorgarle un espacio» (p. 120). Sin embargo, observa Duval que «se ha ido construyendo una esfera pública más estrecha e irres-

pirable» repleta de «tabúes implantados en nombre de la superioridad moral» (p. 125). Su temor a «la paradójica intolerancia de la figura del tolerante» (p. 126) está justificado: la pérdida de libertad es una pendiente resbaladiza. Señala que «las prohibiciones sobre quién puede hablar sobre qué, o incluso meramente expresar sus dudas sobre un tema sin ser catalogado como un potencial disidente o incluso agresor [...] han esterilizado el terreno del debate izquierdista» (p. 125).

Esto entronca con la cuestión del progreso de la humanidad. Afirma Duval: «El progreso, por deformación profesional, me parece una noción contradictoriamente perezosa, pues se desconoce generalmente hacia dónde va o, si se sabe, se presupone inscrito en toda una historia de la realización del espíritu humano: iríamos, poquito a poquito, siendo más listos, mejores, cumpliendo los caminos estipulados para nuestro espíritu, tachando puntos de nuestra lista de objetivos. No creo en estas progresiones» (pp. 101-102). Resulta muy aguda esta observación de Duval, pues coloca el dedo sobre la página que todo el mundo quiere saltar. El progreso significa un avance, pero para entender esto es necesario que sepamos dónde están el delante y el detrás. ¿Acaso no es el reaccionario un progresista *sui generis*? El dramático estado de la «ciencia del progreso» es, como bien sugiere Duval, que no hay aquí contradicción, pues nadie sabe qué significa «progreso», más allá de su vectorialidad.

En todo caso, su diagnóstico resulta certero: la humanidad no está movida por una inescrutable progresión teleológica de la barbarie hacia la suma racionalidad. El análisis teleológico está bien para la metafísica y la escatología, pero su abuso historiográfico se antoja calamitoso. En una obra casi desconocida, criticaba Mises la autocomplacencia con la que Marx pretendía haber descubierto la ley del progreso histórico, que sólo casualmente apuntaba hacia la sociedad comunista. Los hechos dan la razón a Mises y Duval, en contra de esta tesis errada. Nada sugiere que sea cierto el fukuyámico fin de la historia política en el que nos han adoctrinado desde la cuna: el estado de derecho, la democracia liberal, las constituciones, los derechos humanos... los ídolos eternos de hoy ¿nos parecerán mañana ridículos monigotes de pueblos primitivos? Piensan los ilustrados con horror en sistemas pretéritos que, así cuando el Imperio como cuando los feudos, no sólo parecían insuperables, sino los mejores posibles. El tiempo los barrió de la tierra como arranca del árbol las hojas secas. No queremos, empero, ver en este ensayo, como teme Duval, «una apología de las peores tendencias reaccionarias» (p. 175).

Tras el engañoso título que ha querido darle Elizabeth Duval a su obra, lo que se esconde en *Melancolía. Metamorfosis de una ilusión política* es un canto a la esperanza. Podría decirse de otra manera, con más orden o palabras mejor escogidas, pero no con mayor honestidad. España es una en su diversidad y diversa en su unidad. Así ha sido siempre y es aún, para sorpresa de quienes, como Duval, descubren ahora motivos para amar. Esta obra señala un camino que algunos habían perdido y que otros aún no han logrado encontrar. Duval ya lo ha encontrado.

CRISTIÁN PÉREZ GARCÍA
Universidad de Oviedo
e-mail: perezgcristian@uniovi.es